

Chile visto desde afuera: la nueva visión del país en los últimos cuarenta años

Por José Del Pozo, profesor de historia, Université du Québec en Montreal (Canadá)

Cuando comencé a aprender la historia de Chile, primeramente en mi lejana infancia, en Viña del Mar, a través de los libros de la biblioteca familiar, y con lo que me enseñaron en el liceo de Quilpué en los años 1950, una imagen se fue forjando: la de un país caracterizado por su estabilidad política, que contrastaba con la situación de la casi totalidad de los otros países latinoamericanos, lo que parecía confirmar la predicción de Simón Bolívar en el lejano 1815, al redactar su célebre Carta de Jamaica: Chile era uno de los raros países de la región que, una vez independiente, podía ser libre. Su sistema político, que evolucionó hacia el multipartidismo en el primer tercio del siglo XX, era el único en la región latinoamericana donde podía darse una experiencia de Frente popular como en Europa, lo que había sido el caso en 1938. El país tenía una tradición de “asilo contra la opresión” que se había manifestado en la acogida de los que huían de la tiranía de Rosas en los años 1840, más tarde los apristas peruanos y los refugiados republicanos de la guerra civil española. La opinión pública poco o nada sabía, en cambio, de la actitud negativa respecto a los judíos de Europa central en los años 1930 que intentaban venir a Chile, muchos de los cuales habían sido rechazados. El recuerdo de la intervención militar en política del general Ibáñez en los años 1920, no parecía haber dejado huella, ya que ese mismo ex dictador había sido elegido presidente con una gran mayoría, en 1952. La imagen de los militares chilenos como “patrióticos y honestos” según las palabras del embajador de Estados Unidos en la época de la segunda guerra mundial, Claude Bowers, estaba ampliamente difundida en la prensa y en buena parte de la opinión pública.

A nivel de los índices económicos y sociales, Chile formaba parte, ciertamente, de los países considerados subdesarrollados, y el periodista John Gunther, que visitó el país en 1940, quedó impresionado con con el alto índice de mortalidad infantil y con la miseria de los mendigos, cuya condición era la más lastimosa que le había tocado ver en sus viajes. Sin embargo, un analista de prestigio como el francés Jacques Lambert consideraba a Chile, en 1960, como un “caso particular”, muy cercano a Argentina y Uruguay, los dos únicos casos de países relativamente avanzados en la región y por encima de todos los otros estados.

Social y étnicamente hablando, Chile mostraba un rostro relativamente homogéneo. Habiendo recibido un aporte más bien escaso de la inmigración europea o de otros continentes, lo que contrastaba con la marea humana llegada a Argentina, Canadá, Brasil o Uruguay, el país estaba lejos de constituir una nación de “transplantados” según la terminología del antropólogo brasileño Darcy Ribeiro. Éramos más bien un país mestizo, pero que estaba lejos de constituir lo que este mismo autor llama un “pueblo testigo”, dada la escasa influencia del elemento indígena en la cultura dominante. Los contactos con el exterior no eran muy frecuentes, ya que la emigración se dirigía casi únicamente hacia Argentina y no constituía un tema de debate público, seguramente porque implicaba en gran medida a personas de origen rural, de provincias pobres del sur del país. La presencia chilena en Europa o en Norteamérica era, hasta 1960, muy escasa, e implicaba de preferencia a intelectuales o a miembros de familias de la elite.

Estas imágenes y esta realidad someramente descritas, que hacían de Chile un país cuya evolución histórica se orientaba principalmente en base a las enseñanzas que su propia experiencia interna le dictaba, han cambiado notablemente en las cuatro últimas décadas. La sucesión, en un breve espacio de tiempo, de la “revolución en libertad”, seguido por la “transición hacia el socialismo”, luego por la dictadura que algunos bautizaron como una “revolución capitalista” para llegar finalmente a la transición a la democracia, convirtieron a Chile en un laboratorio político pocas veces igualado en la historia universal. La expresión más dramática de este proceso había sido el final de la estabilidad política, hecha trizas con el golpe de 1973, con lo que Chile había pasado a ser uno más en la legión de países sometidos a la dictadura, condición que antes había casi siempre esquivado. Estas vicisitudes, especialmente las que ocurrieron entre 1970 y 1989, pusieron a Chile en la actualidad de la prensa internacional. Analistas, periodistas, ONGs, voluntarios de la cooperación internacional, refugiados que iniciaban un retorno, estudiantes de doctorado venidos de los cuatro rincones del mundo se interesaron en el país austral, motivados por la curiosidad de conocer lo que era la primera experiencia socialista democrática del mundo y luego para entender (y denunciar, en la gran mayoría de los casos) la que era la más odiosa de las dictaduras militares en el mundo. El país pasó a ser objeto de un gran número de seminarios, tesis y ensayos, ocupando un lugar preponderante en los estudios latinoamericanos de programas universitarios en América del norte, Europa y otros lugares. Este contacto cada vez más persistente con el exterior ha continuado después de la dictadura, a través del gran número de tratados bilaterales de libre

comercio que Chile ha firmado en los últimos tiempos, de los acuerdos culturales y de la recepción cada vez más abierta que se le hacía a las autoridades democráticamente elegidas del país que había logrado salir de la dictadura.

Los contactos con el resto del mundo han sido también el fruto del proceso de emigración masiva, forzosa a veces y voluntaria en otras, iniciado en 1973. Por primera vez en la historia, los chilenos salían para dirigirse esta vez ya no solamente a Argentina o a otros países cercanos, sino que partieron hacia destinos exóticos como Suecia, Holanda, Australia, México, Canadá, Rumania, Cuba, Argelia y la ahora desaparecida Alemania del este. Este proceso hizo que, por una parte, muchos tuvieran la oportunidad de conocer y analizar regímenes políticos y sociales que hasta entonces conocían sólo a distancia o en forma esporádica, lo que les permitió ampliar su horizonte y dejar de lado los prejuicios que a veces se tenía respecto a ellos. Por otro lado, la presencia de chilenos en muchos países y continentes ayudó a mejorar el conocimiento de Chile en el exterior, dando lugar además a la aparición de un nuevo tipo humano, el mestizaje de chilenos con personas de distintas culturas en otros países, resultado del cruce natural con las poblaciones locales. El retorno, parcial y con altibajos, de parte de ese contingente, ha aportado algunos cambios a la fisonomía humana del país, con la llegada de personas originarias de otras culturas y que hablan otros idiomas. A esto se ha agregado, en los últimos diez o quince años, la presencia cada vez más notoria de inmigrantes venidos de países latinoamericanos, en especial de Perú, pero también de Cuba, Ecuador, Bolivia y Argentina, que han venido a suplantar a los europeos, que hasta 1950 constituían la mayoría de los nuevos venidos.

Esta apertura y este contacto cada vez más intenso con el exterior han contribuido a definir una actitud más coherente con las tendencias internacionales en materia de políticas sociales más incluyentes y de temas valóricos más flexibles. Así, desde la conmemoración del V centenario del viaje de Colón, en 1992, la existencia de la población indígena ha merecido un mayor espacio en los debates, en la enseñanza y en la prensa, aunque se está aún lejos de darle todo el reconocimiento que merece. La igualdad de derechos para la mujer y su acceso a todo tipo de actividades, ha seguido avanzando. El respeto a las minorías sexuales, el control del embarazo no deseado, aunque con lentitud, también han progresado. Después de larguísimos debates, se adoptó hace pocos años una ley de divorcio, que derrumbó otro de los factores de la “excepcionalidad chilena”, la carencia de una ley en esta materia, que era situación casi única en todo el mundo occidental a comienzos del nuevo milenio. La difusión y la ampliación de nuevas

iglesias, en detrimento de la iglesia católica, ha constituido otro elemento innovador en el paisaje cultural chileno. En cambio, pese a los progresos materiales, las desigualdades sociales han persistido y las mentalidades caracterizadas por el clasismo aún persisten. Si bien la presencia de chilenos en el mundo se ha transformado en un hecho permanente, ya no ligado única ni principalmente a los efectos del golpe de estado de 1973, y pese a algunos gestos de reconocimiento hacia esa realidad, el estado chileno aún no da el paso lógico que muchos otros estados europeos y latinoamericanos han efectuado, la de reconocer a los ciudadanos chilenos que viven afuera el derecho a votar en las elecciones.

Así, el Chile del bicentenario es un país que ha experimentado cambios importantes respecto al Chile de mediados del siglo XX. Ya no se concibe al país como un todo étnico homogéneo, y las minorías sociales y culturales tienen algo más de espacio. Las duras experiencias vividas en materia de historia política han hecho tomar más conciencia de que la estabilidad no es algo inmanente, sino algo que se debe valorar, y se ha perdido la ilusión de la “excepcionalidad chilena” que hacía que muchos habían considerado como inmutable la existencia de la democracia en Chile, creyendo que ni civiles ni militares atentarían contra ella. Los contactos cada vez más intensos con el exterior contribuirán a que Chile avance más en estas direcciones, en base al testimonio vivo de lo que es la experiencia histórica de otras sociedades, de las cuales se puede aprender a través de la comparación y del diálogo.